

SAN SALVADOR, DE MADRIDEJOS UNA IGLESIA DE ARQUITECTURA PURISTA

JUAN JOSE GOMEZ-LUENGO BRAVO
Numerario

Excelentísimas Autoridades, Ilustrísimos Señores Académicos, Señoras, Señores:

El tener que dirigirme a todos vds. en un acto como el que hoy nos congrega, supone para mí una especial emoción, los que me conocéis, sabéis que no soy hombre dado a las actuaciones en público y por mi carácter supone un esfuerzo que hoy debo superar.

Quiero, lo primero de todo, dar las gracias a esta Academia que me ha honrado designándome miembro de ella, creo que hay dos cosas que deben estimarse cuando alguien es designado para una tarea: sus méritos, y su disponibilidad y voluntad de trabajo: de lo primero, no hay duda que hay otras muchas personas que reúnen más de los que en mí concurren para ocupar esta vacante, sin embargo puedo aseguraros que el máximo de colaboración y entrega que pudiérais haber encontrado en otros para ser Académicos ese será el mío y por ello os doy las gracias junto a mi promesa de no defraudaros en ningún momento.

Cúmpleme ahora, como es de ritual, hacer una semblanza de aquel Académico al que sustituyo. Tarea fácil y difícil al mismo tiempo, fácil porque la personalidad de D. Clemente Palencia, D. Clemente para todos los toledanos, es tan conocida, que nada nuevo puede decirse sobre él y aquí es donde nace mi dificultad, porque bien me gustaría en homenaje a su memoria, a su valer, a su hombría de bien, a su sincera amistad, descubrir algo nuevo, pero puedo afirmar que esto resulta prácticamente imposible.

Aún, resuenan en este salón los ecos de aquellas palabras que con ocasión del homenaje póstumo celebrado en mayo de 1989 pronunciaron Esperanza Pedraza, Rafael Sancho, Fernando de Gregorio y Rafael Fernández Pombo.

¿Qué más podría yo decir sobre él? Sin embargo, en forma esquemática, recordaré su nacimiento en Lucillos en 1906, el inicio de sus estudios en el Seminario de Toledo, trayectoria que cambia para estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, su

docencia en el Instituto de Enseñanza Media de Toledo, su designación para Archivero Municipal después de ganada la oposición convocada el efecto y su elección como miembro de número de esta Real Academia en 1942 desempeñando relevantes cargos dentro de la misma.

Fué guía de todas las altas personalidades que visitaron Toledo, sembrando en ellas junto a un perfecto conocimiento de nuestra ciudad, el hondo recuerdo del sabio sencillo y entrañable.

Cronista oficial de la villa, no faltó a su cita con el pasado, apareciendo su última crónica precisamente el día de su muerte, ocurrida subitamente en Lucillos su pueblo natal, el día 25 de abril de 1989.

Humanista y poeta ganó innumerables premios en los certámenes líricos.

Podría terminar mi dedicación a D. Clemente después de esta sucinta reseña, pero sería ingratitud por mi parte limitar aquí mi recuerdo hacia él: yo fui uno de esos niños, que como en su día dijo Esperanza Pedraza acudí lleno de miedo a enfrentarme a mi primer examen del Instituto y como todos, encontré en él al amigo, al maestro que allanaba las dificultades y hacia superar aquellos temores infantiles a los exámenes.

Su sencillez, su humildad que encubrían su profundo saber fueron marcando en mí una huella que creció cuando ya, terminado mi bachiller tuve ocasión de conocerle a través de las muchas visitas y horas de charla que mantenía con otro académico hoy fallecido y con el que le unió una honda amistad.

Permitidme que también hoy le dedique un recuerdo, ese Académico fué mi padre. Muchos de vosotros le conocísteis, como D. Clemente, era un hombre sencillo, un hombre que tuvo como meta en su vida ayudar siempre a quien pudiera necesitarle y no cejar nunca hasta terminar de culminar aquello que le había sido encomendado.

Quizá por su longevidad muchos de los que estáis aquí sólo recordáis la última etapa de su vida, pero en su época de plena lucidez, dedicó todo su entusiasmo a esta Academia y siempre se sentía orgulloso de su pertenencia a la misma.

Por ello disculpad y comprended la emoción que siento al ser hoy investido Académico: ocupó el lugar de mi primer profesor, me siento

to sucesor de mi padre, espero no ensombrecer la memoria de aquellos que me precedieron.

Hace muchos años ya, pues el paso del tiempo es más rápido que lo que nosotros quisiéramos, empecé mi andadura como Arquitecto Diocesano, y aún antes de acabar mi carrera de Arquitectura, ya acompañaba a mi padre en su quehacer de reconstruir templos que habían quedado dañados por su abandono durante la guerra.

Una importante faceta de mi vida, puede quedar englobada en este contacto con iglesias y conventos de toda la geografía toledana, y ello despertó en mí el interés por la conservación y estudio de estos edificios.

De especiales características fue el poder colaborar en el salvamento de las aguas, de los elementos más interesantes de la iglesia de Talaverilla la Vieja anegada por un pantano, y reconstruirla en Talavera de la Reina, bajo la advocación de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta.

Siempre he sido un hombre que he vivido en íntimo contacto con el pueblo y siento la honda emoción de que los últimos vecinos de Talaverilla puedan seguir orando en la iglesia en la que un día fueron bautizados; fue una aspiración conseguida por el esfuerzo del muy querido obispo D. Anastasio Granados y su secretario D. Práxedes Avila.

Quiero también, citar la restauración del ábside de la Iglesia Parroquial de Pantoja enormemente deteriorada con amenaza de ruina; se trata de un ábside de estilo mudéjar que presenta una curiosa disposición del ladrillo formando rosetones en la arquería inferior, motivo que no he vuelto a encontrar.

Como última referencia ésta, el tema central de mi disertación de hoy:

LA IGLESIA DE SAN SALVADOR EN MADRIDEJOS

No soy historiador, y por ello mi estudio no va a ser el que correspondería a un erudito, pero he intentado ahondar en algo que me sorprendió cuando tuve que actuar para su conservación.

En el año 1970 siendo párroco de San Salvador de Madridejos D. Manuel Cepeda me avisó para que reconociera un agrietamiento de la

nave derecha junto al muro de cerramiento posterior.

No tenía yo conocimiento sobre las características de esta iglesia, y ya mi primera visita me produjo un gran impacto; es de grandes dimensiones, con notables diferencias del trazado de la mayoría de las toledanas; su exterior, de construcción cerrada, está rematada por unas arcadas que me llamaron la atención; no menor fue el interés que despertó en mí la visión de su interior donde una elevada conlumnata sin elementos intermedios une el capitel con las bóvedas.

Examinadas las grietas, pude comprobar que se había producido un fallo en la cimentación del esquinazo que afectaba al muro y las bóvedas.

Fué necesario recalzar convenientemente con hormigón y reforzar la bóveda consiguiendo con ello su consolidación y reparación, sin que hasta el momento se haya resentido.

Como Arquitecto había cumplido mi misión correctamente y me sirvió de estímulo la aportación de mi trabajo en la necesidad de preservar el Patrimonio Histórico Artístico del que tan abundantes muestras tiene nuestra provincia así como escasez de recursos y ayudas estatales disponemos.

El trabajo profesional nos deja poco tiempo para la investigación, pero nuestra formación artística y la curiosidad por las Bellas Artes hacen que queramos saber la historia que rodea nuestras actuaciones.

Ví entonces, que esta iglesia se le atribuye a Alonso de Covarrubias, el gran arquitecto toledano, cuyo V Centenario se celebró hace dos años.

Nace en 1488 y muere en 1570 es el período de mayores cambios que registra la historia en todas las facetas del saber, es la época del Renacimiento.

Hasta ahora, el gótico había sido el estilo imperante en toda Europa aunque Italia siempre fue reacia a aceptarlo, sus artistas se mantuvieron rindiendo culto a los cánones de la antigüedad, influidos por la presencia constante del mundo clásico a través de las ruinas grecorromanas.

El movimiento cultural y social que presupone el cambio de siglo, el descubrimiento de la imprenta en 1450, del grabado, la resurrección de las letras y las artes, gracias a la antigüedad clásica recobrada,

supone la renovación del hombre y su mundo, del conocimiento de la naturaleza, que le lleva a la búsqueda del saber y la belleza y que como dice Roland Mousnier "Es una prodigiosa expansión de la vida en todas sus formas". "El hombre pasa a ser el centro del mundo, la medida de todas las cosas".

El estudio del hombre y para el hombre, le lleva a relacionar el arte con las ciencias, evolución fundamental del pensamiento y el arte, y aunque al principio sigue la influencia del medievo, en el que importaba más el sentido trascendente de la vida y su expansión de la belleza como espejo de la bondad divina, ahora lo "perfecto" obedece a unas leyes propias, autónomas, ligadas a los principios de la ciencia, desarrollando las matemáticas, geometría, perspectiva, teoría de la luz y los colores, la anatomía y fisiología, que son los medios para explicar plásticamente la realidad que nos rodea.

En las artes, el espíritu renovador se extiende a la literatura y la pintura. Petrarca estudia y renueva la literatura latina, Giotto rompe con el hieratismo pictórico de los bizantinos y en la escultura abrió camino Nicolás de Pisa cuando copia la estructura de los sarcófagos.

La Arquitectura, es la última en emprender el camino, pero ganó a todas en la interpretación de las formas tranquilas del estilo clásico. Brunelleschi, se inspira en los monumentos romanos y reemplaza el pilar gótico por la columna clásica.

En el principio, se utilizan los elementos clásicos como vestidura que recubre las formas góticas sin afectar a lo estructural, pero más adelante, en el Quincuecento, con Bramante y Palladio, adquieren una fuerza clásica perfecta.

Ese renacer del pensamiento, al final de la Edad Media, se entendió como un proceso que tomaba la antigüedad clásica como modelo, como un modo de edificar en el que los espacios y elementos sólidos se distribuían según los cánones de la armonía; todo es medida, proporción, orden, música y matemática.

Ya, en las primeras décadas del siglo XVI la arquitectura renacentista alcanza su plenitud y sus obras se convierten en paradigmas de un nuevo arte.

Este desarrollo del Renacimiento, no se produce al mismo tiempo en todos los lugares. En España, por ejemplo, llegó con retraso y

hasta que se divulgaron los grandes tratados de arquitectura de Serlio y Vignola, el conocimiento estuvo vinculado a obras de importación y a artistas italianos traídos de la mano de los mecenas de la época: La Corona, la Iglesia y la Nobleza.

Es una característica de este período, y que sucedió en toda Europa, "el fomento y protección de las artes y las letras".

También las Ordenes religiosas y militares asumieron en sus construcciones el nuevo estilo. Un ejemplo significativo lo constituye la iglesia de Madridejos, en la comarca de Consuegra, dentro del ámbito territorial de la orden de San Juan y tema central de mi exposición.

Esta Iglesia, llamada de San Salvador, se atribuye a Covarrubias, aunque, mi labor de investigación histórica en archivos no me permite justificar esta paternidad.

En el archivo parroquial de Madridejos, el libro más antiguo data de 1690, fecha muy posterior, y tampoco he encontrado prueba alguna en el Archivo Histórico Militar, donde se encuentra gran parte de la documentación de las ordenes militares, ni en el Archivo Histórico de Toledo.

Moreno Nieto, en su libro sobre la Provincia de Toledo recoge la iglesia de San Salvador, pero la sitúa en fecha muy anticipada, al indicar que fué colocada en ella el Santísimo en 1531.

El conde de Cedillo, en su catálogo monumental no hace ninguna referencia.

Camón Aznar, Chueca y Fernando Marías, los tres, la atribuyen a Covarrubias, e incluso dan la fecha de 1535, para su construcción, pero siempre haciendo mención de la falta de documentación.

La Iglesia, tiene una planta característica del Renacimiento, de las llamadas de "planta de salón", correspondiente al primer renacimiento italiano, al modo de las primeras basílicas cristianas, Posee tres naves, separadas por dos hiladas de 5 columnas exentas, con basas clásicas y rematadas por capiteles jónicos, de los que arrancan directamente arcos de medio punto, de archivoltas apenas pronunciadas e intradós completamente liso.

Las tres naves se cubren por bóvedas de arista, con una misma altura al modo de un salón.

El hecho de no llevar entablamento la hace más baja en relación a

sus proporciones y carece de un elemento muy característico en las iglesias del renacimiento como es la cúpula sobre pechinas.

Tiene tres ábsides: el central poligonal, rematado por un casquete circular, y los laterales rehundidos en forma de arco.

Su longitud es de 50,00 m. y su anchura de 27,00 m.

La altura interior, hasta las bóvedas, es de 15,00 m. siendo la modulación de las columnas correcta para el orden jónico, con una altura de diez metros.

Los contrafuertes son interiores; entre ellos existen arcos ciegos y adosados al muro de cerramiento, que tan sólo se abre al exterior por ventanas de medio punto para iluminación del interior.

Exteriormente destaca su volumen, un perfecto paralelepípedo con paredes lisas de mampostería. La decoración se reduce a una arcada clásica de ladrillo, formando galería abierta para resaltar el efecto del claro-oscuro, conforme al modelo generalizado en el segundo tercio del siglo XVI.

La cubierta exterior es a dos aguas con teja árabe.

Tiene tres puertas. Las dos laterales, en ladrillo, están compuestas por un arco rebajado sobre el hueco adintelado, mientras la principal, en granito, es de carácter más monumental y es de época posterior por su estilo herreriano. No se parece en nada a las portadas platerescas de Covarrubias, tan decoradas de medallones y grutescos.

Esta puerta consta de un arco de medio punto, con clave resaltada, que se apoya sobre pilastra y se abre entre dos columnas de estilo dórico sobre gran pedestal, flanqueado por una S en piedra labrada y adosada al mismo.

El entablamento carece de decoración con gran cornisa que recorre todo el ancho de la portada y termina en los extremos con pináculos piramidales coronados por bolas.

Sobre el arco se dispone una hornacina abierta al interior rematada en frontón triangular y dos pináculos con bolas al modo Herreriano.

La belleza de la iglesia está en la pureza de las formas arquitectónicas y en las medidas de las proporciones, pues carece de todo tipo de decoración y colorido, como corresponde a una época purísta dentro del Renacimiento. En su conjunto domina la línea horizontal y la sencillez.

Tomando como referencia los dos datos que sin justificar se barajan sobre la iglesia, la autoría de Covarrubias y la fecha de construcción 1535, me parecen incorrectas.

Este arquitecto, representante e introductor del nuevo arte en España, aunque nunca fué a Italia, supo captar sus formas a través de las publicaciones de Diego Sagredo en su obra *Medidas del Romano* de 1526 y construir a lo Romano, aunque al principio, influido del arte que en Toledo tenía más fuerza, el mudéjarismo, realizó portentosas obras en el españolísimo estilo plateresco.

No voy a estudiar a este gran arquitecto, ya descrito en todos los tratados de arte, pero sí a indicar que me parece imposible que haya podido trazar la iglesia de Madridejos en el año 1535, pues no sería en absoluto consecuente con su forma de hacer, y, aunque a través de su larga vida se va haciendo más clásico, no podía haber evolucionado de forma tan brusca.

Estudiando el tratamiento de sus portadas, como la del Convento de San Clemente en Toledo, del año 1534; La Capilla de Reyes Nuevos, también de esas fechas; el patio del Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares, ya desaparecido, etc., donde introduce columnas abalaustradas, archivoltas moldeadas, en una palabra "el arte plateresco en todo su esplendor", no son factibles la sencillez de líneas, la pulcritud de medidas, la falta de ornamentación y menos aún las puertas de San Salvador.

Por esas fechas Covarrubias está en el apogeo de su trabajo: en 1532, recibe el encargo por parte del cabildo de Sigüenza de dar traza y comenzar las obras del sagrario Nuevo, que acepta, pero en 1535, habiendo sido nombrado Maestro Mayor de la Catedral de Toledo, rescinde aquel contrato. Sorprende imaginarse que, teniendo tantos encargos de relieve, acepte el estudio, al mismo tiempo de nuestra iglesia para hacerla tan diferente.

Comparándola con sus iglesias, tampoco parece posible argumentar favorablemente su autoría. La de Yepes, de 1533, es de carácter plenamente gótico, con alguna rica molduración a lo italiano; también tiene tres naves, pero sus bóvedas son de crucería sobre pilares de gran altura sin capitel y fuera de la proporción clásica que impera en la de Madridejos.

Varios años después, en 1541, se empezó a construir la iglesia de Getafe, que tiene semejanza con la de mi estudio, pero con muchas diferencias en cuanto a su desarrollo. Las dimensiones son iguales en longitud y anchura y también tiene tres naves con columnas, pero los capiteles son dóricos, el fuste demasiado ancho, y para conseguir mayor altura se coloca un entablamento cilíndrico que sirve de arranque a los arcos de medio punto. Se cubre con bóvedas baídas decoradas con relieves, los contrafuertes son exteriores y la fábrica es de sillería, con bastante monumentalidad.

El estilo sobrio, purista en el sentido más clásico de la arquitectura, sin adorno alguno de San Salvador no concuerda con el arte plateresco de Covarrubias.

Por su purismo es de fecha posterior. Su estilo corresponde a finales del siglo XVI a principios del XVII.

La búsqueda de su posible autor me lleva a estudiar la obra de Nicolás Vergara, el Mozo (1542-1606) como arquitecto toledano y que tuvo influencias de Juan de Herrera; como él con sus obras desecha la decoración que no fuera estructural, buscando el ritmo en la secuencia de huecos y macizos sobre muros ciegos rematados por arcos, como se aprecia en su obra de la sacristía de San Pedro Mártir (1587) en el muro de la iglesia de Santa Leocadia y posteriormente en la iglesia de San Pedro Mártir de Toledo (1605).

Esta forma de construir se asemeja en gran manera con el tratamiento del conjunto y modo de estar concebida la iglesia de San Salvador, donde los contrafuertes son hacia el interior y con más anchura que la que requieren los empujes de sus bóvedas para conseguir la misma secuencia de huecos y macizos rematados por arcos, característicos del estilo de Vergara, donde busca la belleza en las proporciones y en la pureza de las formas, pudiendo haber sido un antecedente formal de sus obras.

De igual modo la portada con caracteres herrerianos es del estilo de Nicolás Vergara y es semejante a la que posteriormente colocaran en su iglesia de San Pedro Mártir.

Esta similitud unida a que Vergara, trabajara en la provincia de Toledo me llevan a considerar a este arquitecto como posible autor de la iglesia de Madrideojos, aunque como dije al principio no se puede probar documentalmente.

DISCURSO DE CONTESTACION AL
ACADEMICO NUMERARIO
ILMO. SR. D. JUAN JOSE GOMEZ-LUENGO BRAVO

GUILLERMO SANTACRUZ
Numerario

Al ser designado para contestar, en representación de esta Real Academia, el discurso de ingreso pronunciado hace unos momentos por el ilustre Doctor Arquitecto D. JUAN JOSE GOMEZ-LUENGO BRAVO, cumplo el ritual corporativo con especial satisfacción ya que existen diversas circunstancias concurrentes, tanto en aspectos personales como profesionales, que han motivado una profunda y estable amistad entre nosotros desde hace mucho tiempo.

Debido a ello deseo cambiar lo que es norma habitual en los discursos académicos, disminuyendo, posiblemente, su nivel intelectual a cambio de aumentar, en la forma y el fondo, el valor humano de su contenido.

D. Juan José, Juan José o Juanjo, como es nombrado por casi todos los que estamos aquí, nació en Toledo, el año 1929, siendo hijo de D. José Gómez Luengo, el conocido y querido arquitecto provincial y diocesano, miembro numerario de nuestra Corporación, desde el año 1935 en que ingresó, hasta su fallecimiento, en 1985.

Yo nací en Mora de Toledo, el año 1930, en el seno de una familia de industriales, dedicados a la fabricación de piezas de fundición y maquinaria para la elaboración de vinos y aceites.

Aunque de joven hice frecuentes viajes a Toledo y Juanjo estuvo varias veces en Mora, no nos conocimos hasta que ambos eramos alumnos ingresados en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

En aquellos tiempos no recuerdo que hubiese otros toledanos estudiando nuestra carrera. Esta singularidad de ser únicos representantes escolares de nuestra patria chica provincial, nos llevó al conocimiento mutuo.

Juan José ingresó dos años antes que yo, en 1954, perteneciendo a la 111 promoción, hecho que entonces, y ahora, todavía recordamos con los históricos. Los nuevos son tantos en cada curso y acaban la carrera de tan extrañas maneras, con el invento de los créditos de estudio, que estas cosas, entrañables antes, han pasado a mejor vida.

Siendo su padre arquitecto provincial y académico, era lógico que el hijo siguiera la vocación familiar, ya que había vivido desde pequeño el espíritu arquitectónico de esta incomparable ciudad.

Mi caso había sido distinto porque no existían antecedentes universitarios en mi familia, ni el medio industrial y rural donde viví en mi juventud era el más propicio para alentar el intento de ingresar en la carrera de arquitecto.

Cuando Juan José y yo estudiábamos, aprobar los dibujos suponía casi seis años de aprendizaje y formación.

Tanto tiempo, hacía que, cuando se comenzaba la carrera en la Escuela, la mayoría de los alumnos se conocieran por haber convivido muchos años en las academias donde se formaban.

Tampoco en ellas coincidí con Juanjo porque en mi preparación de ingreso fui un poco heterodoxo. Seguí con ello la trayectoria marcada en el bachillerato, ya que no estudié en el Sadel con el querido don Antonio Bardón, ni en los Maristas, como era casi obligado entonces, sino en mi pueblo. Unos cuantos alumnos de Mora, actuando un poco en plan "guerrillero" porque no podíamos hacerlo de otra manera, nos preparamos en las escuelas públicas, teniendo como profesores a los maestros nacionales.

Estoy orgulloso de esa época y del esfuerzo que tuvieron que hacer aquellos hombres para darnos una formación que no desmereciera nada de la impartida en otros centros, como demostramos aprobando todos, a la primera, el histórico Examen de Estado.

En ese tiempo nació mi vocación de arquitecto y como ya sabía lo difícil que era acceder a la carrera, comencé el aprendizaje del dibujo junto con los estudios del bachillerato.

En aquellos tiempos no recuerdo que hubiese otros toledanos estudiando nuestra carrera. Esta singularidad de ser únicos representantes escolares de nuestra patria chica provincial, nos llevó al conocimiento mutuo.

Juan José ingresó dos años antes que yo, en 1954, perteneciendo a la 111 promoción, hecho que entonces, y ahora, todavía recordamos los históricos. Los nuevos son tantos en cada curso y acaban la carrera de tan extrañas maneras, con el invento de los créditos de estudio, que estas cosas, entrañables antes, han pasado a mejor vida.

Siendo su padre arquitecto provincial y académico, era lógico que el hijo siguiera la vocación familiar, ya que había vivido desde pequeño el espíritu arquitectónico de esta incomparable ciudad.

Mi caso había sido distinto porque no existían antecedentes universitarios en mi familia, ni el medio industrial y rural donde viví en mi juventud era el más propicio para alentar el intento de ingresar en la carrera de arquitecto.

Cuando Juan José y yo estudiábamos, aprobar los dibujos suponía casi seis años de aprendizaje y formación.

Tanto tiempo, hacía que, cuando se comenzaba la carrera en la Escuela, la mayoría de los alumnos se conocieran por haber convivido muchos años en las academias donde se formaban.

Tampoco en ellas coincidí con Juanjo porque en mi preparación de ingreso fui un poco heterodoxo. Seguí con ello la trayectoria marcada en el bachillerato, ya que no estudié en el Sadel con el querido don Antonio Bardón, ni en los Maristas, como era casi obligado entonces, sino en mi pueblo. Unos cuantos alumnos de Mora, actuando un poco en plan "guerrillero" porque no podíamos hacerlo de otra manera, nos preparamos en las escuelas públicas, teniendo como profesores a los maestros nacionales.

Estoy orgulloso de esa época y del esfuerzo que tuvieron que hacer aquellos hombres para darnos una formación que no desmereciera nada de la impartida en otros centros, como demostramos aprobando todos, a la primera, el histórico Examen de Estado.

En ese tiempo nació mi vocación de arquitecto y como ya sabía lo difícil que era acceder a la carrera, comencé el aprendizaje del dibujo junto con los estudios del bachillerato.

Mi maestra primera fué una mujer de la que guardo un recuerdo inolvidable: doña Rosa Pombo, madre de nuestros dos compañeros de Corporación, Rafael y Alejandro Fernández Pombo.

Luego, viviendo ya en Madrid, perfeccioné lo aprendido entonces, acudiendo a las Escuelas de Artes y Oficios, lugar no frecuentado por el nuevo académico, cuya formación artística la octuvo en academias especializadas.

Además de los dibujos, para ser arquitecto se necesitaba una fuerte preparación matemática, exigiendo los planes escolares comenzar por los dos primeros cursos de Ciencias Exactas.

Luego debíamos enfrentarnos con el Cálculo Diferencial e Integral de la Escuela y rematábamos la suerte midiéndonos con los dibujos, los terroríficos Estatua y Lavado.

He contrastado recientemente los niveles artísticos de entonces y de ahora, encontrándolos muy diferentes.

Al comparar nuestras obras con las de nuestros hijos, por ejemplo, se aprecia claramente la evolución formativa de la carrera de arquitecto. Antes dibujábamos más, pero ideábamos menos. Hoy, en cambio, son más dialécticos, más teóricos, quizá porque esa es la necesidad actual de nuestra sociedad y la Escuela lo recoge.

Logré salvar el ingreso dos años después que lo hiciera Juan José, terminando, por tanto, con esa diferencia de tiempo ya que, entonces, salvo casos especialísimos, lo corriente era llevar un sólo curso y aprobarlo. También eso ha cambiado mucho ahora pudiéndose llevar asignaturas sueltas de varios cursos.

Nuestro nuevo académico, obtuvo el título en 1960, incorporándose rápidamente al trabajo en Toledo.

En 1961 le nombraron Arquitecto Diocesano y en 1963 fué municipal de Ocaña.

Tres años después, en 1966, obtuvo el grado de Doctor Arquitecto, ingresando también como arquitecto contratado en la Diputación. Dos años más tarde, en 1968, obtuvo la plaza en propiedad, al ganar la oposición convocada al efecto.

En estos tiempos iniciales fué cuando realmente comenzó nuestra relación profesional.

Cuando llegué a esta ciudad sólo había cinco arquitectos con estu-

dio abierto en la misma.

El decano de todos era D. Flaviano Rey de Viñas, que me acogió con todo cariño por aliviar su carga de trabajo y ser paisano.

Le seguía en edad el padre de Juan José; luego venía José Losada y Barroso, después Carlos Cano Cruz y, finalmente, Juan José Gómez-Luengo Bravo.

El panorama constructivo no era especialmente alentador, a principios de la década de los sesenta. Recuerdo que, según los datos estadísticos, se construían unas cincuenta viviendas al año, la mayoría de ellas en obras de pequeña importancia, dentro del recinto histórico.

Hacia 1965 se empezaron a percibir tiempos de bonanza económica.

Era necesario abrir los horizontes urbanos con edificaciones de acuerdo con lo prevenido en el Plan General Municipal de Ordenación, aprobado definitivamente el año anterior.

Hacia esa tarea se orientó ilusionadamente la Caja de Ahorro Provincial de Toledo.

Su primera gran obra fue la construcción de los Bloques, siendo también la primera que hicimos en colaboración, Juan José y yo.

Desde entonces hasta hoy, a nivel profesional, personal y familiar, nos hemos honrado mutuamente con una sincera y entrañable amistad.

Nos conocemos bien y creo que nos complementamos todavía mejor en cuantas obras hicimos juntos, a pesar de, o, quizá, por causa de nuestros diferentes caracteres. Muchas veces he reflexionado sobre ello y creo haber encontrado la causa.

Cuando se mantiene una amistad auténtica a través de los años, se apoya en un cimiento de valoración recíproca y de respeto mutuo, elementos esenciales en toda convivencia.

El afecto entre dos personas surge de un modo espontáneo, sin saber por qué. Se conocen y se caen bien o mal, a la primera impresión. Muy pocas veces cambiamos ese sentimiento por el conocimiento profundo de la identidad real de cada uno.

Pienso que conformamos a nuestro alrededor un campo de fuerzas humanas, a modo de un halo psico-magnético, que se atrae o repele con el que comporta otra persona.

Juan José y yo nos caímos bien desde el primer momento y así seguimos todavía, seguramente porque nuestra energía vital es de signos opuestos, como en la electricidad.

Nos caemos bien, nos queremos y además, nos respetamos.

El respeto recíproco es otra cuestión importante en la relación personal y todavía más en las de trabajo, en un campo tan controvertido como la estética arquitectónica. Las diferencias de opinión o de sensibilidad imponen, a veces, confrontaciones de criterios, constituyendo, normalmente, motivos de choques. Juanjo y yo hemos tenido muchos y los hemos resuelto sin imposiciones personales, ateniéndonos objetivamente a la idoneidad de la propuesta sobre el problema planteado, con independencia de quien pensara la mejor solución.

Comprendo que esto es muy difícil pero creo que Juanjo y yo lo hemos logrado a lo largo de muchos años.

Se está cerrando ahora un paréntesis abierto en 1967, año en que yo ingresara en esta Corporación.

Entonces había un José Gómez-Luengo en la Academia que me acogió con todo el cariño que su alma buena y generosa era capaz de otorgar. Hoy tenemos un nuevo Gómez-Luengo entre nosotros, al que llevo esperando muchos años.

El sabe que, durante todo este tiempo, alenté sus trabajos de investigación arquitectónica, ya que le veía vocacionalmente inclinado para ello, aunque sin el ánimo suficiente para manifestarlo.

Su primer trabajo público sobre la iglesia de San Salvador de Madrideo es una muestra de las cosas que yo he valorado siempre en él. Sus esquemas de trabajo son sencillos pero claros, consecuencia de su gran capacidad de análisis y profesionalidad. Sus soluciones nacen, a veces ocultas por el manto con que su personalidad humana disimula muchos de sus conocimientos, en un acto de maravillosa y sincera humildad.

Sin embargo, cuando es necesario, mantiene con firmeza sus opiniones. El discurso de ingreso es un ejemplo de ello, enfrentando valientemente su criterio con personas tan relevantes en el campo de la historiografía arquitectónica como Camón Aznar, Fernando Chueca Gótiá o Fernando Marías.

Hoy, al recibir en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias His-

tóricas de Toledo a nuestro nuevo compañero Juan José –para mí tres veces compañero por académico, por arquitecto y por doctor– él y yo cerramos un largo período de nuestras vidas.

Curiosamente lo cerramos vinculado a la memoria de D. Clemente Palencia, un académico de imborrable recuerdo para todos porque yo ingresé en esta Corporación traído de su mano y Juanjo recibe su medalla.

Pero no quedan cerradas nuestras vidas académicas porque, con la clausura de este acto, abriremos otro en el que debemos ya englobar a todos nuestros compañeros corporativos.

El trabajo de investigación, que hoy nos ha leído Juanjo, los muchos que aparecen en nuestra revista TOLETVM y los muchos más que se realizarían si tuviéramos medios económicos para publicarlos, son señales evidentes de la capacidad de esta Academia, consciente de realizar su labor humildemente, calladamente pero, también, con intensidad, tenacidad y, pienso que, cuando la ocasión lo requiere, incluso con valentía.

Reconociendo todas esas virtudes generales de la Corporación en nuestro nuevo académico, y recogiendo el sentir de todos sus miembros, a quienes en este momento mi voz representa, te decimos

Ilustrísimo Sr. D. Juan José Gómez-Luengo Bravo, bienvenido a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Bienvenido, Juanjo.